

EL BIÓLOGO SIN FORTUNA

El AY un cariz patético extraño en la andadura del biólogo autodidacta francés Gaston Naessens y en la curiosidad que suscitó hace algunas semanas con el suero antileucémico que ha ensayado sobre diversos niños incurables.

Tras de la expectativa y del tumulto que produjo la noticia de su descubrimiento o de su ensayo, llegaron a la isla de Córcega docenas de pequeños enfermos atacados por el terrible mal, cuyos padres acudían, sin pensarlo un instante, a esta última y súbita esperanza de curación llamada Naessens. El hecho de que el investigador no sea médico, hizo pensar que podría tratarse de un rebrote de simple charlatanismo, pero las normas del espontáneo biólogo, sus conocimientos reales y el atisbo inicial de unos resultados positivos aconsejaron a muchos enjuiciar la cuestión con más cautela.

Este personaje calvo, taciturno y severo, actuaba con la gravedad de un científico de verdad y no parecía buscar deliberadamente los beneficios de una popularidad ni de una publicidad bastardas, ni ser tampoco un simple especulador del dolor ajeno. Se conducía como un investigador y un médico de verdad, al que sólo le faltara, ciertamente, ser médico. Pero ¿qué importancia podría tener un trámite legalista de esta índole si los resultados le daban la razón? No era siquiera necesario que se hubiera producido el milagro de que los chiquillos tratados por él se vieran limpios del incomprensible mal. Un paso más, por pequeño que fuera, en el camino de la certidumbre, bastaría para justificar la postura moral de este hombre ante la sociedad, con independencia de que se hallara o no en posesión del título. Durante unas semanas, el mundo —y no sólo el mundo científico— estuvo a la expectativa, rodeó a este hombre con su curiosidad y con su respeto, deseó ardientemente que tuviera éxito. No ha sido así. Los enfermos por él tratados han seguido las alternativas de la incurable enfermedad y algunos de ellos hasta su ineluctable término. El supuesto doctor Naessens se halla ahora comprometido en procesos judiciales de tipo profesional, acusado de prácticas inadecuadas del ejercicio de la medicina. Lo que no obsta para que intente persuadir a los ambientes científicos europeos de la autenticidad de sus investigaciones y de sus conocimientos, que son ciertos y profundos, mediante conferencias y viajes que ya no parecen tan sinceros ni necesarios como sus trabajos de laboratorio y su aplicación clínica. Fantasma desplazado, su imagen pálida y sombría es la del fracaso. Puede decirse que lo que queda de él es el rastro de una esperanza.

El croquis y el perfil de esta figura se desvanecerán si no halla, pronto, un logro decisivo ni una conclusión científica y empírica convincente. Su estampa y su recuerdo serán los de un practicante bienintencionado, pero gris, en una materia superior a sus fuerzas. Lo que ha salvado a Naessens de caer en el vilipendio absoluto ha sido, justamente, la seriedad del tema con el que se enfrentaba. En efecto, pocas cosas que den menos pie a las reacciones histéricas se pueden presentar en el cuadro de las dolencias y de las incógnitas de la investigación que la leucemia infantil. Por eso Naessens no podía ser un diletante, un aficionado o un brujo, al estilo de otros frecuentes casos de intrusismo profesional, que a veces se producen como un resabio de la magia para conmoción de las multitudes. Ese curso opaco y sin relieve enfascado en las soluciones científicas de un grave problema, volverá a su Córcega natal y a su laboratorio con las manos vacías y una íntima desilusión.

Pero el experimento no habrá sido vano. Cuando asoman a la superficie temas de esta índole, nos damos cuenta de pronto de las cantidades de dolor distribuidas silenciosamente, incógnitamente por el mundo. Pasamos los días, ajenos a esas capas de dolor individual y familiar escondido un poco por todas partes y que no se localizan en ninguna. La prensa no da cuenta, naturalmente, más que de las grandes catástrofes. Conocemos al detalle y al día las bajas que produce una tensión política, en Chipre, por ejemplo, y sabemos entonces que la muerte es un balance copioso. Pero no existe cifra global de esos niños atacados de leucemia que requieren la aparición arbitraria de un Naessens para agruparse en dolor estadístico y social.

No obstante, aún es mayor la cifra natural de ese dolor anónimo que la que pueda aportarnos un suceso dramático que afecte a las colectividades. Todos los días hay un Congo o un Chipre apócrifos sobre el mapa del mundo; no una, sino centenares de tragedias ocultas por las que la humanidad no puede recurrir más que al silencio o esperar el milagro.

El balance del experimento frustrado del biólogo Naessens nos produce una desazón y nos causa escalofrío. Nosotros hubiéramos preferido un caso escandaloso de charlatanismo, para uso de periódicos sensacionalistas y hasta con cábala popular sin relación a la tragedia ajena. Otras veces ha ocurrido así y el lance no ha dejado esa estela de nieblas tristes sobre la triste condición humana.

los falsos sabios de otra época

Siempre ha existido una propensión popular fácil y llena de docilidades hacia los arbitristos y los portentos. Ciertamente, nuestra propia salud es un instrumento propicio a las reacciones crédulas. Sabido es que una de las condiciones de la curación es la previa predisposición del enfermo a ser curado. Por ello, muchas veces basta con que tengamos fe en un médico para que sus servicios ya no nos sean necesarios. Entre los casos más pintorescos y característicos de esta circunstancia está en nuestra memoria —y en la memoria de muchos— aquella célebre operación al trigémino que practicaba un tal doctor Asuero, hacia 1930, y que llenó de letrillas los "couplets" de la época y causó violentos movimientos de adhesión o de repulsa en cuanto se produjo. Dicho doctor Asuero inventó el toque de un cierto nervio trigémino, que si no recuerdo mal está situado en nuestras narices, y con este sencillo toque puso en marcha a paráliticos crónicos, aventó neurosis que se arrastraban durante lustros y arregló desperfectos orgánicos que las leyes de la medicina clásica no habían podido reparar. La fama del doctor Asuero llenó la efímera etapa histórica del gobierno Berenguer, se entremezcló en los discursos electorales del 12 de abril, se baraja en nuestra memoria con los delirios cívicos que preludieron la segunda República. Es contemporánea en el tiempo del traspaso de Ricardo Zamora al Real Madrid y se confunde con la silueta de los últimos guardias a caballo, con casco londinense y esclavina, guardias con sable y bigote, chacota de estudiantes y borrón de huelga general.

¿Por qué tuvo tanto arraigo el doctor Asuero? Por una razón: porque la gente se cansa de ser curada parsimoniosamente y a base de recetas. Lo que la gente desea en el fondo para su curación es que le toquen el trigémino. La brusca realidad de un paralítico que se incorporaba súbitamente de su silla no hay quien pueda equipararla al proceso paciente de la ingestión de las pastillitas o de la cura vegetativa. Naturalmente, que la distancia que podía cubrir el paralítico así despabilado no era mucha más que la que iba de la sala de consultas al rellano de la escalera del doctor. Pero el efecto ya estaba causado y propalado a la vista del gentío. Las cosas que se formaron ante la consulta del doctor Asuero fueron las primeras de la larga serie de cosas que los acontecimientos políticos iban a depararnos en los años sucesivos, hasta bien entrada nuestra madurez.

Al doctor Asuero le desenmascaró casualmente otro falso sabio que llena un panel muy determinado de nuestra época estudiantil. Este falso sabio, que fue pretexto de huelgas navideñas entre los estudiantes de aquellos años, respondía al nombre de sabio Leonard, y murió no hace muchos años. Su efigie era noble, podría haber sido la efigie de un premio Nobel. Su melena blanca dejaba al descubierto una frente anchurosa, que enaltecían unas gafas de montura dorada. Su blanca perilla era de medallón. El sabio Leonard iba a la Facultad a lomos de un corcel blanco y arengaba a los estudiantes. Y cuando el doctor Asuero se dispuso a dictar una conferencia en un ilustre salón privado de Barcelona, apenas empezada la disertación, fue interrumpido intrépidamente por el sabio Leonard, quien le acusó de falsario, de anticientífico y de mendaz. Impresionado por la egregia catadura de aquel varón de mirada centelleante, el doctor Asuero abandonó el estrado sin más y aquí creo que acabó su fructuosa carrera.

Los tiempos son otros y la aventura científica, aun en los casos más ambiguos, está rodeada de circunspección, de gravedad. Basta con observar el paso vacilante y dubitativo del supuesto doctor Naessens por los círculos científicos europeos. Ese fantasma pálido es, en definitiva, el espectro de una abnegación.